

ACOGIDA AMBIVALENTE: ECONOMÍA, CULTURA Y ETNIA EN LAS POLÍTICAS DE INMIGRACIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS

WAYNE A. CORNELIUS

LA TESIS CENTRAL DE ESTE ARTÍCULO¹ es que, en los Estados Unidos de finales del siglo XX, el rechazo de la opinión pública a la inmigración se debe, principalmente, al divorcio entre la acelerada incorporación económica de los inmigrantes recientes y lo que los residentes nativos perciben como una integración sociocultural lenta y selectiva de la ola de inmigrantes posterior a los años setenta (en comparación con olas anteriores). El residente nativo promedio ignora que las posibilidades de incorporación de los inmigrantes recientes a la economía estadounidense son mayores (por ejemplo, ocupan los puestos en los que los salarios son bajos, que abaten la inflación y que los nativos no aceptan), o bien considera que el beneficio económico derivado de ellas no basta para contrarrestar los costos inmateriales y a largo plazo de la presencia cada día mayor de inmigrantes.

En mi opinión, tras la preocupación permanente de la opinión pública estadounidense con respecto a los niveles de inmigración se encuentra una inquietud de tipo etnocultural, independientemente de la situación macroeconómica. A los residentes nativos de los estados y comunidades que se han visto muy afectados por la inmigración les preocupa que la ola más reciente de migrantes de origen latinoamericano y caribeño pueda alterar el equilibrio étnico, cultural y lingüístico de la población, hasta un grado que muchos sienten como una amenaza personal. Como ha ocurrido desde mediados del siglo XVIII, los asuntos étnicos siguen siendo un factor primordial que determina la actitud de la opinión pública estadounidense hacia la inmigración y sus consecuencias, así como su comportamiento electoral en lo referente a las cuestiones relacionadas con la inmigración.

¹ Una versión anterior de este trabajo se presentó en la conferencia "Magnet Societies: Immigration in Postwar Germany and the United States", Southern Methodist University, Dallas, Texas, 1 y 2 de marzo de 1999.

PATRONES DE INCORPORACIÓN ECONÓMICA

En la mayoría de los indicadores clave relativos a la incorporación económica, la inmigración reciente a los Estados Unidos —hombres y mujeres, legales e ilegales— presenta valores muy altos. Las tasas de participación laboral son elevadas; la gran mayoría de los inmigrantes de primera generación tiene trabajo de planta y muchos de ellos laboran en dos o incluso tres sitios diferentes. En el sur de California, por ejemplo, sólo los recién llegados de México y América Central que buscan trabajo como jornaleros, en los mercados laborales informales, no tienen un empleo de planta, pero la investigación de campo muestra que aun ellos suelen encontrar trabajos de dos o tres días por semana. Los grupos de cabildeo y los académicos que están en favor de que se reduzcan los niveles de inmigración o de que la política de inmigración estadounidense tome más en cuenta el nivel de capacitación suelen argumentar que las oportunidades de empleo para los inmigrantes poco preparados están desapareciendo rápidamente en la actual economía posindustrial y de conocimientos intensivos de los Estados Unidos.² Sin embargo, esto no impidió que, en los años ochenta y noventa, millones de inmigrantes encontrarán trabajo, pese a sus pocas habilidades laborales, su escasa educación formal y su desconocimiento del inglés. En Los Ángeles, por ejemplo, 85% de los mexicanos varones, sin educación formal, consiguió un trabajo de planta en 1990, y la tasa de empleo fue mayor a medida que aumentaba el nivel de escolaridad.³

El debate continúa en torno a la proporción de estos empleos con salario mínimo que ocupan los inmigrantes y que son “trampas contra la movilidad social” (en la mayoría no existe un escalafón profesional, aunque sí una jerarquía salarial). Sin embargo, no hay duda de que los empleadores estadounidenses han aprendido a aprovechar la mano de obra inmigrante de manera productiva, sobre todo para llenar las vacantes que rechazan la mayoría de los trabajadores nativos, en especial los jóvenes. La siguiente descripción de la economía de Los Ángeles podría aplicarse a todas las ciudades importantes de los Estados Unidos (e incluso a los poblados pequeños), en las que los inmigrantes representan hoy en día un segmento considerable de la fuerza laboral:

² Tal es el caso del economista Barry R. Chiswick, quien comentó: “La naturaleza de la economía [estadounidense] ha cambiado. Los empleos para los trabajadores poco capacitados se han ido agotando, mientras que las oportunidades para quienes tienen un alto nivel de preparación aumentan rápidamente” (citado en D.W. Miller, “Schollars of Immigration Focus on the Children”, *The Chronicle of Higher Education*, 5 de febrero de 1999, p. A19).

³ Roger Waldinger y Mehdi Bozorgmehr (comps.), *Ethnic Los Angeles*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1996.

No cabe duda de que Los Ángeles tiene necesidad de la numerosa población mexicana y centroamericana que se ha instalado ahí en el curso de los decenios recientes. El hecho de que, sin los recién llegados de México y América Central, no habría jardineros, niñeras, costureros o personal de intendencia en los hoteles, no es sólo una evidencia anecdótica. Los censos revelan lo mismo; el tercio inferior de los sectores manufacturero y de servicios de Los Ángeles depende de la mano de obra conformada, en su gran mayoría, por inmigrantes latinoamericanos. Por eso, aunque algunos sectores de los habitantes de la región sueñen con que “se les regrese por donde vinieron”, la realidad es que los inmigrantes mexicanos y centroamericanos en Los Ángeles llegaron para quedarse, lo que se debe en gran medida a que la economía ha aprendido a hacer buen uso de ellos.⁴

En efecto, la demanda de mano de obra inmigrante se ha imbricado de tal forma en la economía y la sociedad estadounidenses que ha llegado a desacoplarse casi por completo, del ciclo empresarial: el número de inmigrantes empleados en las empresas que recurren en gran medida a esta fuente de mano de obra no disminuye de manera sensible durante una recesión, e incluso muchas compañías agregan más inmigrantes a su nómina cuando se presentan contracciones económicas. Asimismo, la demanda de este tipo de trabajadores es prácticamente inmune a los cambios en las leyes migratorias o a la aplicación más rigurosa de las mismas. Ni siquiera las “operaciones concentradas de vigilancia fronteriza” de corte militar que ha llevado a cabo la Patrulla Fronteriza desde mediados de los noventa en los principales corredores de entrada de ilegales han reducido la oferta de mano de obra inmigrante a los empleadores de las principales ciudades estadounidenses. En suma, la demanda de trabajadores inmigrantes en los Estados Unidos (y en la mayoría de los países que importan mano de obra, incluido Japón) ha adquirido un carácter estructural.⁵

⁴ Roger Waldinger, “Ethnicity and Opportunity in the Plural City”, en Waldinger y Bozorgmehr, *op. cit.*, pp. 445-470. Véase también Enrico Marcelli, “Undocumented Latino Immigrant Workers: The Los Angeles Experience”, en David W. Haines y Karen E. Rosenblum (comps.), *Illegal Immigration in America*, Westport, Conn., Greenwood Press, 1999; y del mismo autor, *California in Denial: A Political Economy of Unauthorized Mexican Immigration*, Boulder, Col., Westview Press, 1999.

⁵ Sobre las evidencias empíricas de la imbricación estructural de la demanda en las ciudades de San Diego y Nueva York, véase Wayne A. Cornelius, “The Structural Embeddedness of Demand for Mexican Immigrant Labor: New Evidence from California”, en Marcelo Suárez-Orozco (comp.), *Crossings: Mexican Immigration in Interdisciplinary Perspective*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1998, pp. 115-155; Wayne A. Cornelius y Yasuo Kuwahara, *The Role of Immigrant Labor in the U.S. and Japanese Economies: A Comparative Study of San Diego and Hamamatsu, Japan*, La Jolla, Calif., Center for U.S.-Mexican Studies, University of California-San Diego, 1998; Robert C. Smith, “Mexicans in New York: Membership and Incorporation of a New

En los Estados Unidos, los mercados laborales en los que predominan los inmigrantes están muy institucionalizados y operan con notable eficacia y flexibilidad. Existen redes sociales de inmigración transfronteriza, muy bien conformadas, que ponen en contacto los lugares de origen en México y América Central y las ciudades de destino (y, por lo general, con empleadores específicos en esas ciudades), las cuales ahora brindan un suministro de mano de obra constante y de fácil acceso para las pequeñas y medianas empresas. Estas redes informales de empleados que son o fueron inmigrantes llevan continuamente nuevos trabajadores hasta la puerta del empleador, sin costo alguno para él.⁶ Por otra parte, los inmigrantes empresarios están creando nuevos nichos para muchos trabajadores que llegan del extranjero. Las empresas propiedad de inmigrantes han proliferado rápidamente en las ciudades y pueblos en los que se concentran los flujos migratorios y contratan preferentemente a personas de su mismo grupo étnico.⁷

Asimismo, la demanda en los Estados Unidos de mano de obra inmigrante se ha expandido tanto en términos sectoriales como espaciales. Hoy en día, es difícil encontrar una industria de mano de obra intensiva —al menos en los seis estados que, desde 1980, han captado alrededor de 70% de los inmigrantes que llegan al país, a saber, California, Nueva York, Illinois, Florida, Texas y Nueva Jersey— en la que los trabajadores inmigrantes no representen un porcentaje considerable o predominante. Actualmente, las industrias que absorben a los trabajadores extranjeros no sólo comprenden los puntos de entrada tradicionales de los inmigrantes recién llegados (por ejemplo, la agrícola y la restaurantera), sino también una amplia gama de empresas de servicios, construcción y manufactura, incluidos los fabricantes de “alta tecnología”.⁸ California sigue siendo la mayor empleadora de inmigrantes, de todas las nacionalidades; sin embargo, en los años noventa, a medida que los mercados laborales de Los Ángeles y otras ciudades del condado se saturaban, los migrantes mexicanos y centroamericana-

Immigrant Group”, en S. Bayer y G. Haslip Viera (comps.), *Latinos in New York*, Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame Press, 1996; Roger Waldinger, *Still the Promised City? Blacks and Immigrants in the Post-industrial New York*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1996.

⁶ Cornelius, “The Structural Embeddedness of Demand for Mexican Immigrant Labor”, *op. cit.*; Roger Waldinger, “Social Capital or Social Closure? Immigrant Networks in the Labor Market”, Lewis Center for Regional Policy Studies, UCLA, Working Paper Series, núm. 26, 1997.

⁷ Véase, por ejemplo, Luis E. Guarnizo, “De migrantes asalariados a empresarios transnacionales: la economía étnica mexicana en Los Ángeles y la transnacionalización de la migración”, *Revista de Ciencias Sociales*, Universidad de Puerto Rico-Río Piedras, 1997.

⁸ Véase Cornelius y Kuwahara, *op. cit.*; Christian Zolniski, “In the Shadow of the Silicon Valley: Mexican Immigrant Workers in a Low-income Barrio in San Jose”, tesis de doctorado en antropología, University of California-Santa Barbara, 1998.

nos se aventuraron hacia el este y el norte, y llenaron nichos laborales en las ciudades del centro-oeste y sur del país, así como en la ciudad de Nueva York.⁹ Desde Iowa y Kansas hasta Delaware y Georgia, ahora representan una mano de obra esencial para una gama impresionante de industrias, que abarca desde el sector avícola y de procesamiento del huevo hasta la producción de tapetes.

A menos que la demanda se colapsara totalmente por una recesión prolongada y profunda, resulta difícil imaginar un motivo realista por el cual la imbricación de la mano de obra en la economía estadounidense pudiera revertirse. Contra la idea convencional de que las nuevas tecnologías basadas en la información requieren de muchos empleados de nivel universitario y muy preparados, pero muy pocos de los menos capacitados, lo cierto es que en los Estados Unidos sigue existiendo un vasto estrato de pequeñas y medianas empresas cuyos empleos en el nivel de producción tienen pocas o ninguna necesidad de una elevada capacitación. Por ejemplo, una encuesta que se realizó en 1996 en compañías del condado de San Diego que dependían de la mano de obra inmigrante encontró que, en promedio, los empleadores de dichas empresas clasificaron a 83% de su mano de obra productiva como no capacitada o poco capacitada. Incluso las compañías que utilizan tecnologías muy avanzadas siguen necesitando un número considerable de trabajadores poco capacitados para las actividades de producción, empaque y mantenimiento. Los empleadores informaron que los trabajadores recién empleados y del nivel de producción sólo requerían de una capacitación mínima en sus empresas —un promedio de ocho días—, y casi la mitad dijo que no había tarea alguna que no pudieran asignar a los trabajadores inmigrantes. En estas empresas dependientes de la inmigración, la necesidad de hablar inglés era mínima o nula; en 42% de ellas, los empleadores informaron que los trabajadores extranjeros no tenían necesidad del inglés para realizar sus labores y en 16% el inglés se requería sólo para cierto tipo de trabajos, que por lo general implicaban un contacto directo con el público.¹⁰

De esta manera, el crecimiento económico de los años ochenta y noventa generó y sigue generando un gran número de empleos para los que se requiere poca capacitación y que pueden ser desempeñados por los inmigrantes, incluso aquellos que tienen una escasa educación formal y poco

⁹ Jorge Durand y Douglas S. Massey, "Historical Dynamics of Mexican Migrant Destinations, 1920-1996", ponencia presentada en el XXI Congreso Internacional de la Latin American Studies Association, Chicago, Ill., 24 a 26 de septiembre de 1998; Smith, *op. cit.*

¹⁰ Cornelius, "The Structural Embeddedness of Demand for Mexican Immigrant Labor", *op. cit.*; Cornelius y Kuwahara, *op. cit.*

o nulo dominio del inglés. Aunque la proporción de este tipo de trabajos, del total de nuevos empleos creados en California y otros estados con fuerte crecimiento, ha disminuido considerablemente desde los ochenta,¹¹ es posible esperar que, en términos absolutos, la demanda de trabajadores poco capacitados siga siendo intensa hasta el siglo XXI. Para muchos empleadores, ahora acostumbrados a la flexibilidad, confiabilidad, facilidad de contratación y costo relativamente bajo de la mano de obra inmigrante, ésta seguirá siendo su fuente preferida para llenar las vacantes que requieren de un bajo nivel de preparación.

Por último, sería poco realista pensar que el gobierno de los Estados Unidos pudiera intervenir de una manera tan agresiva y masiva en los mercados laborales en los que ahora predominan los inmigrantes (sobre todo, los ilegales), que los patrones de incorporación económica antes descritos se modificaran sensiblemente en el futuro cercano. El Congreso estadounidense, siempre atento a los intereses de sus electores y contribuyentes empresariales, se ha mostrado muy reticente a endurecer la aplicación de las leyes migratorias en el lugar de trabajo. En 1986 autorizó una ley que penalizaba la contratación "consciente" de un extranjero no autorizado para trabajar en los Estados Unidos. Pero esta ley para "sancionar a los empleadores" se suavizó de antemano gracias a un medio de evasión evidente, que absuelve a los empleadores de toda responsabilidad legal si contratan a un inmigrante ilegal que haya presentado documentos falsos o ajenos, y el Congreso no ha aportado los recursos necesarios para que la ley se aplique de manera rigurosa y permanente. Aunque, por una parte, el Congreso ha otorgado sumas sin precedentes para la vigilancia fronteriza, por la otra, en los tres últimos años fiscales recortó el presupuesto del Servicio de Inmigración y Naturalización (SIN) de los Estados Unidos destinado a vigilar el cumplimiento de las normas legales en el lugar de trabajo, y en su presupuesto para el año fiscal del 2000 no aparece petición alguna de fondos adicionales para tal efecto. La estrategia más reciente del SIN a este respecto no consiste en arrestar y deportar a los extranjeros ilegales cuya presencia se detecte mediante auditorías realizadas a los registros de las empresas, sino en ordenar al empleador que los despida, lo que permite que estos trabajadores puedan buscar empleo en cualquier otro sitio, en la misma ciudad.¹² De igual forma, no parece haber voluntad política para acorralar y deportar a los millones de personas que permanecen en el país luego de que su visa

¹¹ Kevin F. McCarthy y Georges Vernez, *Immigration in a Changing Economy: California's Experience*, Santa Monica, Calif., RAND Corporation, 1997.

¹² Kim Murphy, "INS' Fight on Illegal Labor is Big Jolt to Yakima Valley", *The Los Angeles Times*, 26 de febrero de 1999, pp. A1, A22.

ha expirado (que, según los cálculos del SIN, constituyen más de 40% de todos los extranjeros ilegales en los Estados Unidos) y que se encuentran laborando en empresas estadounidenses.

LAS POLÍTICAS MASIVAS PARA RESTRINGIR LA INMIGRACIÓN

Las encuestas entre la opinión pública revelan que el estadounidense nativo promedio está cuando menos vagamente consciente del beneficio macroeconómico que ofrece al país la presencia de los inmigrantes. La mayoría de las personas interrogadas en las encuestas realizadas desde mediados de los años noventa han expresado la opinión de que los inmigrantes que llegan a los Estados Unidos ocupan básicamente los empleos que los estadounidenses nativos no desean (véase cuadro 1). Por tanto, no ven a los inmigrantes como una amenaza económica —como competidores en el mercado laboral—, al menos en abstracto.

CUADRO 1
Percepción de los estadounidenses sobre los inmigrantes
como complemento o competencia en el mercado laboral

Respuesta	Encuestador		
	<i>New York Times</i> (diciembre 1995) N = 1 265	<i>CBS/New York Times</i> (febrero 1996) N = 1 223	<i>Princeton Survey</i> <i>Research Associates</i> (marzo 1996) N = 500
Los inmigrantes les quitan empleos a los ciudadanos estadounidenses	36%	39%	21%
Los inmigrantes ocupan los empleos que los estadounidenses no desean	55%	51%	65%
Ambos	—	7%	—
No sé	10%	3%	14%

Pregunta de la encuesta: "¿Considera que los inmigrantes que actualmente llegan al país les quitan empleos a los ciudadanos estadounidenses, o bien que aceptan aquellos que los estadounidenses no quieren desempeñar?"

Fuente: Thomas J. Espenshade y Mariann Belanger, "Immigration and Public Opinion", en Marcelo Suárez-Orozco (comp.), *Crossings: Mexican Immigration in Interdisciplinary Perspective*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, apéndice, cuadro 12.1, 1998.

Incluso en California, el corazón del sentimiento antiinmigrante de principios de los noventa, cerca de la mitad de quienes respondieron a una encuesta estatal realizada en diciembre de 1998 coincidieron con la afirmación de que “los inmigrantes mexicanos constituyen actualmente un beneficio para California, por su capacidad para trabajar y sus habilidades”, mientras sólo 36% consideró que constituían una carga para el estado porque hacían uso de los servicios públicos y las escuelas (véase cuadro 2).

CUADRO 2
Percepción de los californianos sobre los inmigrantes mexicanos
como un beneficio o una carga económica

<i>Respuesta</i>	<i>Grupo étnico</i>		
	<i>Todos los adultos</i>	<i>Latinoamericanos</i>	<i>Otros</i>
Los inmigrantes son benéficos	52%	70%	45%
Los inmigrantes son una carga	36%	20%	42%
Ni lo uno ni lo otro	7%	5%	8%
No sé	5%	5%	5%

Pregunta de la encuesta: “¿Cuál de estas ideas sobre la inmigración proveniente de México coincide más con la suya: a) Actualmente, los inmigrantes mexicanos constituyen un beneficio para California, por su capacidad para trabajar y sus habilidades; b) Actualmente, los inmigrantes mexicanos constituyen una carga para California, porque hacen uso de los servicios públicos y las escuelas?”

Fuente: Encuesta estatal del Instituto de Políticas Públicas de California, 4 a 13 de diciembre de 1998. N = 2 022 (adultos residentes de California). El margen de error para el total de la muestra es de más/menos dos puntos porcentuales, en el nivel de confiabilidad de 95 por ciento.

Resulta significativo que los encuestados que dijeron ser latinos o hispanos fueron menos propensos que otros a considerar que los inmigrantes representaban una competencia laboral. Aunque esta percepción positiva tal vez refleje una afinidad cultural con los inmigrantes latinos, también puede explicarse por su experiencia real en el mercado laboral, es decir, por la relativa poca frecuencia con que los latinoamericanos nativos y los inmigrantes de primera generación, que suelen ser canalizados hacia segmentos distintos del mercado laboral, compiten directamente por los empleos. Sin embargo, en la mayoría de las encuestas, la mayor parte de los estadounidenses siguen oponiéndose a que aumente el número de inmigrantes que son legalmente admitidos en los Estados Unidos.

En una encuesta nacional que realizaron *Wall Street Journal* y NBC News, en diciembre de 1998, 72% de la población expresó su rechazo a que se elevara la cifra máxima de inmigración aceptada. El mismo porcentaje se opuso incluso a que se incrementara el número de inmigrantes muy capacitados para satisfacer la demanda laboral en las industrias de la computación y el *software*.¹³ Estos resultados coinciden con muchos otros muestreos que se han hecho entre la opinión pública sobre la inmigración, desde los años cuarenta. Sólo en una ocasión (1953) más de 10% de los estadounidenses estuvo en favor de que se elevara el número de inmigrantes que pudieran entrar legalmente en el país. Pero a lo largo del periodo de 1946 a 1990, el número de quienes apoyaron la reducción de inmigrantes admitidos fue cuando menos el triple (véase cuadro 3).

CUADRO 3
Preferencias de los estadounidenses con respecto al nivel de inmigración legal, 1946-1990
(porcentajes)

Opciones	1946 ^a	1953	1965	1977	1981	1982	1986	1988	1990 ^b
Mayor/aumento	5	13	8	7	5	4	7	6	9
Igual/nivel actual	32	37	39	37	22	23	35	34	29
Menor/reducción	37	39	33	42	65	66	49	53	48
Sin opinión/No sé	[14] ^c	11	20	14	8	7	9	7	14

^a En 1946, la pregunta se planteó de la siguiente manera: "¿Debemos permitir que cada año lleguen al país más personas provenientes de Europa que las que admitimos antes de la guerra; debe mantenerse más o menos el mismo número o debe reducirse?" En las siguientes encuestas, generalmente se preguntó: "¿La inmigración debe mantenerse en su nivel actual, debe aumentarse o reducirse?"

^b En 1990, la pregunta se planteó de la siguiente manera: "¿Considera que las leyes migratorias actuales permiten que cada año entre en el país un número demasiado alto, demasiado bajo, o más o menos adecuado de inmigrantes?"

^c Sólo en 1946 se ofreció como opción la respuesta "Ninguna" y 14% de los encuestados la eligió.

Fuente: Rita J. Simon, "Old Minorities, New Immigrants: Aspiration, Hopes, and Fears", *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, núm. 530, noviembre de 1993, p. 63 (basado en los datos del Roper Center, University of Connecticut-Storrs).

Existen algunas evidencias de que el sentimiento antiinmigrante se agudizó entre 1993 y 1994, año en que 59% de los electores californianos apro-

¹³ "The Wall Street Journal/NBC News Poll", Hart-Teeter Study #4098, *Wall Street Journal Interactive Edition*, 3 a 6 de diciembre de 1998.

bó una iniciativa explícitamente antiinmigrante, conocida como la Propuesta 187. Si esta medida draconiana no hubiera sido bloqueada en los tribunales federales, habría impedido casi por completo que los inmigrantes ilegales tuvieran acceso a la mayoría de los servicios públicos, incluida la educación para sus hijos. Una encuesta nacional realizada entre julio y agosto de 1997 encontró que menos de la mitad (46%) de los estadounidenses deseaba que se redujeran los niveles de inmigración, cifra que representó el porcentaje más bajo registrado en un sondeo nacional de la opinión pública desde 1977.¹⁴ Asimismo, la encuesta estatal efectuada en diciembre de 1998 en California halló que sólo uno de cada cinco residentes (22%) seguía estando a favor de que se prohibiera que los hijos de los inmigrantes ilegales asistieran a las escuelas públicas (uno de los objetivos básicos de la Propuesta 187).¹⁵

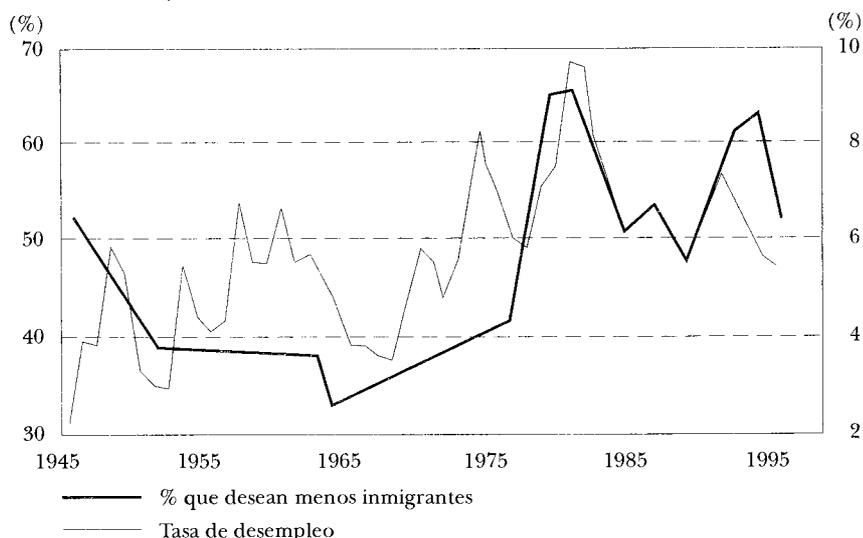
La explicación más plausible de la disminución del sentimiento antiinmigrante a finales de los noventa es que cada día son más los estadounidenses que se sienten satisfechos con la situación económica. Desde mediados del siglo XIX, las presiones para restringir la inmigración han ido por lo general asociadas con caídas drásticas de la economía y una gran incertidumbre a este respecto.¹⁶ Por el contrario, en las buenas épocas, los estadounidenses prácticamente han hecho caso omiso de la inmigración. En todas las encuestas realizadas entre la opinión pública desde principios de los ochenta sobre el tema de la inmigración, se ha encontrado que mientras más optimista es la idea que se tiene de la situación económica del país en ese momento, más tolerantes son las actitudes respecto al nivel apropiado de inmigración. Durante los 50 años transcurridos de 1945 a 1995, se dio una gran "coincidencia" entre la tasa de desempleo nacional y el porcentaje de estadounidenses en favor de que se redujera la admisión de inmigrantes, salvo en algunos casos aislados —a finales de los cincuenta e inicios de los sesenta—, de los que no contamos con ningún dato sobre las preferencias respecto de los niveles de inmigración (véase gráfica 1).

¹⁴ Encuesta realizada entre la opinión pública estadounidense para el programa "State of the Nation" de la National Public Radio, Princeton Survey Research Associates, 31 de julio a 17 de agosto de 1997.

¹⁵ Public Policy Institute of California, "PPIC Statewide Survey: Social and Economic Trends", San Francisco, Calif, 4 a 13 de diciembre de 1998.

¹⁶ Véase John Highman, *Strangers in the Land: Patterns of American Nativism, 1860-1925*, New Brunswick, N.J., Rutgers University Press, 1994.

GRÁFICA 1
 Porcentaje de estadounidenses en favor de que disminuya la inmigración
 y tendencia de la tasa de desempleo en los Estados Unidos



Fuente: Espenshade y Belanger, "Immigration and Public Opinion", *op. cit.*, p. 367.

¿Qué ocurre cuando la economía es fuerte? ¿Cuando la creación de empleos es acelerada, la inflación es baja, los precios de las acciones suben y los consumidores se sienten muy confiados? La mentalidad de suma cero que prevalece en los tiempos de recesión cede el paso a expectativas de mejoría generalizada en el nivel de vida. Los déficit del gobierno se contraen, los casos de asistencia social disminuyen y la carga fiscal derivada de dar servicios a los inmigrantes se vuelve más tolerable para los contribuyentes. Resulta menos necesario tener "chivos expiatorios" que ayuden a resolver todo tipo de problemas. De igual forma, las deficiencias de mano de obra se hacen más generalizadas y evidentes. Esto es lo que hemos visto que ocurre en la mayor parte de los Estados Unidos desde 1994. ¿Por qué, entonces, tantos estadounidenses (entre 50 y 70%, según la encuesta y la pregunta planteada) siguen teniendo una idea "negativa" de la inmigración, cuando el ciclo de negocios se encuentra en un punto en el que sería de esperarse que el sentimiento restriccionista se hallara en la parte baja de la curva?

Una posible explicación es que los beneficios de la recuperación de la recesión de principios de los noventa se han distribuido de manera desigual entre la población nativa. En efecto, los años noventa han sido un decenio de desigualdad creciente en la distribución de la riqueza en los Estados

Unidos. Las personas carentes de educación universitaria, las que tienen empleos con salarios bajos y algunas minorías raciales (sobre todo los afro-americanos) no han visto mucha mejoría en sus ingresos reales. Los ejecutivos y los profesionales piensan que la inmigración es buena para la economía, mientras que los obreros son más propensos a ver el lado negativo de ella. La educación tiene el mismo efecto: los niveles más altos de escolaridad suelen ir de la mano de una mayor tolerancia a la inmigración.¹⁷ En suma, las personas que ocupan la parte baja de la pirámide socio-económica al parecer se sienten más amenazadas por los inmigrantes, aunque casi no hayan tenido un contacto personal con ellos y nunca hayan debido competir contra ellos en el mercado laboral.

Pero los análisis de variables múltiples del sentimiento antiinmigrante en los Estados Unidos (y otros países industrializados) no ofrecen sino un apoyo débil a la explicación económica del interés propio. En un estudio comparado de varios países, que se realizó a partir de la información recabada entre la opinión pública de los Estados Unidos, Francia y Alemania, en el periodo de 1986 a 1995, el hecho de estar desempleado, haber sufrido un deterioro reciente en las finanzas personales y trabajar como empleado manual no tenía un efecto estadístico significativo sobre las actitudes antiinmigrantes, en ninguno de los tres países.¹⁸ Muchos otros análisis de variables múltiples también han encontrado que la situación económica personal (en comparación con la opinión personal sobre el buen estado de la economía nacional) no es determinante en la actitud de los estadounidenses hacia la inmigración y las opciones en materia de políticas migratorias.¹⁹ Si la mayoría de ellos no ve la inmigración como una amenaza para su bienestar económico personal, ¿por qué se oponen a elevar los niveles legales de inmigración y por qué amplios sectores de la opinión pública están

¹⁷ Véase Thomas J. Espenshade y Charles A. Calhoun, "An Analysis of Public Opinion Toward Undocumented Immigration", *Population Research and Policy Review*, núm. 12, 1993, pp. 189-224; Thomas J. Espenshade y Katherine Hempstead, "Contemporary American Attitudes Toward U.S. Immigration", *International Migration Review*, vol. 30, núm. 2, 1996, pp. 535-570; James F. Hollifield y David L. Martin, "Strange Bedfellows? Immigration and Class Voting on Proposition 187 in California", ponencia presentada en la Reunión Anual de la American Political Science Association, San Francisco, Calif., 29 de agosto a 1° de septiembre de 1996.

¹⁸ Joel S. Fetzer, "Economic Self-interest or Cultural Marginality? Anti-immigrant Sentiment and Nativist Political Movements in France, Germany, and the United States", *Comparative Political Studies* (en prensa); del mismo autor, *National Borders/Cultural Boundaries: Public Attitudes Toward Immigration in the United States, France, and Germany*, Ann Arbor, Mich., University of Michigan Press (en prensa).

¹⁹ Jack Citrin, Donald P. Green, Christopher Muste y Cara Wong, "Public Opinion Toward Immigration Reform: The Role of Economic Motivations", *Journal of Politics*, núm. 59, 1997, pp. 858-881; Espenshade y Calhoun, *op. cit.*

en favor de que se refuerce la vigilancia fronteriza y se impongan mayores sanciones a los empleadores que contratan inmigrantes ilegales?²⁰ Ciertamente es que toda la información disponible sobre la opinión pública estadounidense revela que hay menor tolerancia hacia la inmigración ilegal que hacia la legal.²¹ Pero para muchas personas no existe diferencia entre ambas categorías y no consideran que cada una produzca efectos diferentes.

Otro modo de explicar la persistencia del sentimiento antiinmigrante, independientemente del ciclo de negocios, sería tomar en cuenta la importancia creciente que han ido adquiriendo ciertos factores no económicos, en especial la cultura, el idioma y la etnia, sobre la actitud de los estadounidenses hacia la inmigración. Por ejemplo, los encuestados que tienen una imagen negativa de los hispanos y los asiáticos, como grupos étnicos (no sólo como inmigrantes), son más propensos a preferir una política migratoria restrictiva.²² Una encuesta estatal realizada entre estudiantes universitarios de Texas reveló que los anglosajones que están contra el multiculturalismo, en varias formas, suelen tener una opinión negativa de la inmigración.²³ Asimismo, entre la población general de los Estados Unidos, quienes desaprueban que la educación o las boletas electorales sean bilingües y consideran que los inmigrantes no se esfuerzan por aprender inglés son más propensos a ver la inmigración y sus efectos de manera negativa.²⁴ En un análisis de los condados de California en el que se comparó el voto por la Propuesta 63 —iniciativa estatal que se sometió a votación en 1986 y que pretendía que el inglés fuera el único idioma que utilizara el gobierno estatal en todas sus actividades— con el voto por la Propuesta 187, se encontró una gran coincidencia entre quienes apoyaban ambas iniciativas. Tomando en cuenta las diferentes condiciones económicas y políticas públicas de cada condado, hubo una correspondencia de casi uno a uno entre los niveles de apoyo de los condados a la Propuesta 63 y a la 187.²⁵

²⁰ Thomas J. Espenshade y Maryann Belanger, "U.S. Public Perceptions and Reactions to Mexican Migration", en Frank D. Bean, Rodolfo O. de la Garza, Bryan R. Roberts y Sidney Weintraub (comps.), *At the Crossroads: Mexican Migration and U.S. Policy*, Nueva York, Rowman and Littlefield, 1997, pp. 227-261.

²¹ Thomas J. Espenshade y Mariann Belanger, "Immigration and Public Opinion", en Marcelo Suárez-Orozco (comp.), *Crossings: Mexican Immigration in Interdisciplinary Perspective*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1998, pp. 375 y 376.

²² Citrin *et al.*, *op. cit.*

²³ Valerie Martínez-Ebers y Zixian Deng, "Americans' Cultural Perspectives and Immigration Attitudes: A Structural Model", ponencia presentada en la Reunión Anual de la American Political Science Association, San Francisco, Calif., 29 de agosto a 1° de septiembre de 1996.

²⁴ Espenshade y Calhoun, *op. cit.*

²⁵ Karin MacDonald y Bruce E. Cain, "Nativism, Partisanship, and Immigration: An Analy-

Los conservadores en materia fiscal consideran que los inmigrantes contribuyen en mucho a los déficit presupuestales y a la necesidad de que se eleven los impuestos. Sin embargo, la aparente preocupación por el hecho de que los inmigrantes hagan uso de servicios públicos costosos puede ser también una pantalla de humo, con la que quieren racionalizarse ciertas tendencias en materia de políticas públicas que son más bien el resultado de una profunda inquietud con respecto a la identidad nacional, la diversidad idiomática y la transformación de la composición étnica y racial de la población. Por ejemplo, el análisis de MacDonald y Cain sobre el voto en California por la Propuesta 187 encontró que el impacto fiscal de la inmigración sobre los gobiernos estatal y local podía explicar la singular superioridad del voto “sí” en los condados más pequeños y rurales.²⁶ Pero los estereotipos negativos sobre ciertas nacionalidades y grupos étnicos puede desencadenar o amplificar esa preocupación “pragmática” por los asuntos fiscales. De acuerdo con el análisis de Espenshade y Belanger sobre los datos de las encuestas, los estadounidenses consideran que los mexicanos y otros inmigrantes latinoamericanos son más propensos a requerir de la asistencia social y a cometer delitos que los asiáticos y otros grupos de inmigrantes.²⁷ Esas ideas constituyen factores de predicción estadísticamente significativos de las opiniones favorables a la restricción de la inmigración.

La creencia de que en la inmigración a los Estados Unidos predomina ahora una sola nacionalidad “problemática” —los mexicanos— es muy generalizada. Desde finales de los años setenta, las encuestas han mostrado que México ocupa casi el último lugar en las preferencias de los estadounidenses sobre el país del que desean que provengan los inmigrantes que llegan a su nación. Los europeos son los más favorecidos y los asiáticos ocupan una posición intermedia.²⁸ En el sur de California, la percepción de la gente sobre los mexicanos, como componente del flujo migratorio, es aún más negativa que en las muestras de la opinión pública nacional.²⁹

sis of Prop. 187”, en Michael B. Preston, Bruce E. Cain y Sandra Bass (comps.), *Racial and Ethnic Politics in California*, vol. 2, Berkeley, Calif., Institute of Governmental Studies Press, University of California-Berkeley, 1998, pp. 296 y 297.

²⁶ *Idem.*

²⁷ Espenshade y Belanger, “U.S. Public Perceptions and Reactions to Mexican Migration”, *op. cit.*

²⁸ *Idem.*

²⁹ Véase, por ejemplo, Wayne A. Cornelius, “America in the Era of Limits: Migrants, Nativists, and the Future of U.S.-Mexican Relations”, cuadro 5, en Carlos Vásquez y Manuel García y Griego (comps.), *Mexican-U.S. Relations: Conflict and Convergence*, Los Ángeles, UCLA, Chicano Studies Research Center, 1983, p. 384.

CUADRO 4
Inmigración legal de mexicanos a los Estados Unidos en el año fiscal de 1996

<i>Total de inmigrantes legales</i>	<i>Inmigrantes legales mexicanos</i>	<i>Porcentaje de mexicanos del total de inmigrantes legales</i>
915 900	163 572	17.9

Por supuesto, durante los años ochenta y noventa México ha sido la fuente más importante de inmigrantes que entran en los Estados Unidos, legal e ilegalmente. En 1996, los mexicanos representaron 17.9% del total de los inmigrantes legales admitidos (cuadro 4).

Sin embargo, aun si agregamos un estimado razonable de migrantes mexicanos ilegales (cuadro 5), la proporción de mexicanos se eleva a un poco más de un cuarto del total de los inmigrantes, cifra que es mucho menor que la que señaló el predominio de los irlandeses en la inmigración que llegó a los Estados Unidos a mediados del siglo XIX: en 1851, 58% de todos los inmigrantes fue de origen irlandés (cuadro 6).

CUADRO 5
Total de inmigración de mexicanos a los Estados Unidos en el año fiscal de 1996

<i>Total de inmigrantes legales e ilegales a EU*</i>	<i>Inmigrantes legales e ilegales mexicanos a EU**</i>	<i>Porcentaje de inmigrantes mexicanos del total de inmigrantes</i>
1 190 900	315 000	26.5%

* Incluye 915 900 inmigrantes legalmente admitidos y 275 000 inmigrantes (cálculo del SIN), de todas las nacionalidades, que se establecieron en los Estados Unidos en el año fiscal de 1996.

** Cálculo del *Binational Study of Migration Between Mexico and the United States*, agosto de 1997, p. iii. Representa el número de inmigrantes mexicanos, legales e ilegales, que se establecieron como residentes permanentes en los Estados Unidos, en el año fiscal de 1996 (el total de migrantes mexicanos que ingresaron en el país menos aquellos que regresaron a México en el mismo año).

Pero incluso ese escaso margen de predominio numérico ha bastado para provocar enojo y ansiedad entre muchos estadounidenses de finales del siglo XX, sobre todo en California, principal destino de la migración mexicana a los Estados Unidos. La fuerte concentración de inmigrantes mexicanos en el sur de California ayuda a explicar por qué esa región se convirtió en el núcleo del activismo nacional antiinmigrante, en los años noventa.

CUADRO 6
Inmigración de irlandeses a los Estados Unidos de 1847 a 1854

Año	<i>Inmigrantes irlandeses</i>	<i>Total de inmigrantes</i>	<i>Porcentaje de irlandeses del total de inmigrantes</i>
1847	105 536	234 968	45
1848	112 934	226 527	50
1848	159 398	297 024	54
1850	164 004	369 980	44
1851	221 253	379 466	58*
1852	159 548	371 603	43
1853	162 649	368 645	44
1854	101 606	427 833	24
Totales	1 186 928	2 676 046	44

* Año pico de la inmigración irlandesa.

Por el contrario, los habitantes de Nueva Jersey son más tolerantes hacia la inmigración que los del resto del país, debido tal vez a que la población inmigrante en este estado es más diversa que en otros de los principales estados receptores de inmigración.³⁰ En Nueva Jersey, el número de inmigrantes de origen europeo (especialmente, italianos) sigue siendo superior al de los provenientes de países del Tercer Mundo, y ninguna nacionalidad tiene el predominio numérico. Durante más de 200 años, las nuevas olas de inmigración a los Estados Unidos han sido vistas como una fuente de desunión o de fragmentación cultural (“balcanización” es el término de moda).³¹ Se ha pensado que el bagaje cultural que traen consigo la mayor parte de los inmigrantes recién llegados hace que se resistan a la asimilación o que no se asimilen completamente.³² Hoy en día, los mexicanos generan una inquietud particular, pues sus tradiciones culturales y el uso del idioma español son sistemáticamente reforzados por la inmigración constante y de gran escala proveniente de México, lo que los hace candidatos idóneos para un movimiento étnico separatista, e incluso la “corriente

³⁰ Thomas J. Espenshade, “Taking the Pulse of Public Opinion Toward Immigrants”, en Thomas J. Espenshade (comp.), *Keys to Successful Immigration: Implications of the New Jersey Experience*, Washington, D.C., Urban Institute Press, 1997, pp. 89-116.

³¹ Véase Keneth K. Lee, *Huddled Masses, Muddled Laws: Why Contemporary Immigration Policy Fails to Reflect Public Opinion*, Westport, Conn., Praeger, 1998, p. 154.

³² David M. Reimers, *Unwelcome Strangers: American Identity and the Turn Against Immigration*, Nueva York, Columbia University Press, 1998, pp. 109-129; Rita J. Simon, *Public Opinion and the Immigrant: Print Media Coverage, 1880-1980*, Lexington, Mass., Heath-Lexington Books, 1985.

principal” de los historiadores estadounidenses invoca el fantasma de un “Quebec chicano en el suroeste”.³³

Lo que más preocupa a este respecto es que la inmigración contemporánea está cambiando el equilibrio etnocultural del país hasta un grado inaceptable, que podría poner en crisis la identidad nacional. Los demógrafos de mentalidad restriccionista argumentan que la convergencia de tasas de natalidad muy bajas en la población nativa y altos niveles de inmigración proveniente de países con tasas de natalidad elevadas hace que una crisis semejante sea casi inevitable, no sólo en los Estados Unidos, sino también en Canadá, Gran Bretaña, Alemania, Francia y otros países europeos.³⁴ Los geógrafos advierten que la “balcanización” puede presentarse también como una creciente desigualdad y segregación espacial, es decir, diferencias cada vez mayores entre las colonias pobres, en el interior de las ciudades, atiborradas de inmigrantes recién llegados, y los opulentos suburbios habitados por los ciudadanos nativos y la minoría de inmigrantes que han logrado un ascenso económico; la migración de los nativos de los estados y regiones con más altos niveles de recepción de inmigrantes hacia las áreas menos afectadas.³⁵

A diferencia del nativismo “clásico” que prevaleció en los Estados Unidos durante el periodo de 1850 a 1929 —un brebaje compuesto de simple racismo, xenofobia e intolerancia religiosa—, la retórica antiinmigrante actual, que subraya lo relativo al equilibrio etnocultural, rara vez tiene un tono explícitamente racial o xenofóbico.³⁶ La queja principal es que los Estados Unidos están experimentando una crisis de integración de los inmigrantes, pues la última oleada de éstos —sobre todo los mexicanos y los provenientes de otras naciones hispanohablantes— se aferra con terquedad a su idioma y cultura maternos, y es lo suficientemente numerosa para modificar o desvanecer la “cultura nuclear” de los Estados Unidos (a saber qué significa). En 1997, por ejemplo, los medios de comunicación nacionales hicieron un gran escándalo por la revelación de que, en el año anterior, por

³³ Véase, por ejemplo, David M. Kennedy, “Can We Still Afford to Be a Nation of Immigrants?”, *The Atlantic Monthly*, vol. 278, núm. 5, 1996.

³⁴ Véase Michael S. Teitelbaum y Jay Winter, *A Question of Numbers: High Migration, Low Fertility, and the Politics of National Identity*, Nueva York, Hill & Wang, 1998.

³⁵ William A.V. Clark, *The California Cauldron: Immigration and the Fortunes of Local Communities*, Nueva York, Guilford Press, 1998; William Frey, “Immigration, Domestic Migration, and Demographic Balkanization in America: New Evidence for the 1990s”, *Population and Development Review*, núm. 22, 1996, pp. 741-763; James G. Gimpel, *Separate Destinations: Migration, Immigration, and the Politics of Places*, Ann Arbor, Mich., University of Michigan Press, 1999.

³⁶ Una notable excepción es Brimelow. Véase Peter Brimelow, *Alien Nation: Common Sense About America's Immigration Disaster*, Nueva York, Random House, 1995.

primera vez en la historia, se había vendido más salsa picante que *ketchup* en los Estados Unidos.

Es posible que para el estadounidense medio la mayor amenaza que plantea la inmigración sea tan sólo la presencia de demasiadas personas en su comunidad o vecindario cuyo idioma y costumbres no puede comprender. En el sur de California ésta parece haber sido la principal motivación de muchos de los militantes de las organizaciones populares antiinmigrantes, durante los años noventa; la sensación de que estaban perdiendo el control de su espacio vital inmediato y, sobre todo, de su composición cultural y lingüística. Pero la brecha cultural entre los inmigrantes recién llegados y los habitantes nativos es aún mayor en las ciudades más pequeñas que no forman parte de los seis principales estados receptores de inmigración; localidades que, hasta hace poco, no tenían población alguna de origen extranjero.

Ejemplo de esto es la ciudad de Georgetown, Delaware (cuatro mil 500 habitantes), que en menos de cinco años ha experimentado la llegada de entre mil 200 y mil 500 inmigrantes provenientes de México, Guatemala y otros países centroamericanos, atraídos por las nuevas plantas de procesamiento avícola que se instalaron en el área circundante. Casi de la noche a la mañana, aparecieron un diario, una estación de radio y tiendas de servicio de habla hispana, destinados a la población inmigrante. “Los residentes sintieron miedo de sus nuevos vecinos, tanto por ciertos asuntos tangibles, relacionados con el valor de las propiedades, como por otros temores más abstractos que les causaba esa gente que parecía tan diferente.”³⁷ Al final, las tensiones desaparecieron gracias a una serie de reuniones públicas e intervenciones por parte de funcionarios públicos y de organizaciones no gubernamentales, pero la brecha cultural entre los inmigrantes y los residentes nativos sigue siendo muy grande. También se han identificado casos similares de cambios súbitos en el equilibrio etnocultural debidos a la inmigración latinoamericana y asiática en otras ciudades pequeñas de los Estados Unidos, desde California hasta Georgia y el estado de Nueva York.³⁸

Como se señaló antes, los asuntos lingüísticos, en particular, con frecuencia han sido un pararrayos de los sentimientos antiinmigrantes en los

³⁷ Roger Horowitz y Mark J. Miller, “Immigrants in the Delmarva Poultry Processing Industry: The Changing Face of Georgetown, Delaware and Environs”, ponencia presentada en la conferencia “Changing Face of Delmarva”, University of Delaware, 11 a 13 de septiembre de 1997, p. 1.

³⁸ Véase, por ejemplo, Timothy P. Fong, *The First Suburban Chinatown: The Remaking of Monterey Park, California*, Filadelfia, Temple University Press, 1994; John Horton, *The Politics of Diversity: Immigration, Resistance, and Change in Monterey Park, California*, Filadelfia, Temple University Press, 1995.

Estados Unidos, durante los años ochenta y noventa. Las iniciativas de los gobiernos estatales y locales para imponer leyes que obliguen al uso del inglés como único idioma, para presentar boletas electorales bilingües y para aplicar o eliminar programas de educación bilingüe en las escuelas públicas han generado muchas tensiones entre los inmigrantes y los residentes nativos.³⁹ Muchos angloamericanos ven a los inmigrantes latinoamericanos como una "minoría problemática", pues no parecen estarse asimilando con la debida rapidez a la cultura dominante, y el hecho de que sigan hablando español es, para la mayoría de los estadounidenses nativos, lo más revelador de ello.

Irónicamente, la evidencia empírica indica que la mayoría de los inmigrantes de primera generación terminan por aprender inglés y "casi todos los descendientes de la segunda y tercera generaciones tienen un buen dominio del idioma".⁴⁰ La transición al dominio del inglés ocurre ahora en el curso de dos generaciones, a diferencia de los inmigrantes de épocas pasadas, que lo hacían en tres generaciones. Alrededor de dos terceras partes de una amplia muestra de estudiantes de segunda generación (nacidos en los Estados Unidos), del octavo y noveno grados, en las áreas de Miami y San Diego, preferían el inglés sobre el idioma de sus padres. Sólo una minoría de los estudiantes de segunda generación siguen siendo bilingües, es decir, con fluidez tanto en el inglés como en el idioma materno. Incluso entre los estudiantes inmigrantes latinoamericanos, quienes suelen preferir el idioma de sus padres, menos de la mitad dominan ambos idiomas.⁴¹ Los mexicanos son los que, en comparación con otros grupos contemporáneos de inmigrantes, suelen conservar cierto dominio del idioma de la primera generación en la segunda y tercera generaciones, pero los datos de los censos de los Estados Unidos revelan que las personas de origen mexicano que nacieron en fecha más reciente tienden mucho más a ser monolingües en inglés.⁴² Algunos sociólogos sostienen que actualmente la transición al uso exclusivo del inglés entre los inmigrantes de segunda generación está ocurriendo con demasiada rapidez, lo que priva a éstos de los efectos positivos

³⁹ Jack Citrin, Beth Reingold, Evelyn Walters y Donald P. Green, "The 'Official English' Movement and the Symbolic Politics of Language in the United States", *Western Political Quarterly*, núm. 43, 1990, pp. 535-559; James Crawford, *Hold Your Tongue: Bilingualism and the Politics of 'English Only'*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1992.

⁴⁰ James P. Smith y Barry Edmonston (comps.), *The New Americans: Economic, Demographic, and Fiscal Effects of Immigration*, Washington, D.C., National Academy Press, 1997, p. 378.

⁴¹ Alejandro Portes y Lingxin Hao, "E Pluribus Unum: Bilingualism and Loss of Language in the Second Generation", *Sociology of Education*, núm. 71, octubre de 1998, pp. 269-294.

⁴² James P. Smith, "Progress Across the Generations", ponencia presentada en la Reunión Anual de la American Economic Association, Chicago, Ill., enero de 1998, pp. 25 y 26.

del bilingüismo sobre el desempeño académico.⁴³ Sin embargo, para el grueso de la población estadounidense, que tiende a centrar su atención en los inmigrantes de primera generación, entre los que prevalece el uso del español, la diversidad lingüística constituye una amenaza creciente.

Esta actitud mental es mucho más compleja que el simple racismo. Por lo general, no parte de la idea de que los inmigrantes más recientes sean racialmente inferiores, tema recurrente en el nativismo estadounidense, y ni siquiera la aprobación de iniciativas electorales ostensiblemente antiinmigratorias, como las propuestas 187 y 227 (la medida para que la educación dejara de ser bilingüe, que aprobó 61% de los electores californianos en junio de 1998), puede calificarse simplemente como una respuesta racista a la inmigración proveniente del Tercer Mundo, así sea porque un considerable número de votantes latinoamericanos y asiáticos apoyaron ambas iniciativas: 37% de los electores latinoamericanos, en todo el estado, votaron en favor de la Propuesta 227; 43% de los electores de los barrios habitados mayoritariamente por latinoamericanos, del condado de Los Ángeles, apoyaron la Propuesta 187,⁴⁴ mientras que un número mayor de electores asiáticos votó en favor de ambas medidas.

Sin embargo, la coincidencia casi absoluta entre el apoyo electoral a la Propuesta 187 y el voto, en 1986, por la Propuesta 63, que proponía el uso exclusivo del inglés, “sugiere que hubo un fuerte elemento de nativismo cultural en la votación por la Propuesta 187”.⁴⁵ Asimismo, las tajantes divisiones étnicas y raciales en el voto por las propuestas 187 y 227 (véase cuadro 7) indican que también hubo un cierto nativismo basado en aspectos raciales. El elemento de nativismo cultural en el voto por la Propuesta 227 fue significativo: 40.1% de los entrevistados en las encuestas de salida —una pluralidad— explicó su apoyo a dicha Propuesta aceptando estar de acuerdo con la aseveración de que “los estadounidenses deben hablar inglés”. Apenas 12.4% de los encuestados que votaron en favor de la Propuesta explicó su apoyo a ella con el argumento de que la educación bilingüe es pedagógicamente ineficaz (“no funciona”).⁴⁶ Los latinoamericanos expresaron un rechazo relativo a la Propuesta, mientras que las comunidades sajonas y asiá-

⁴³ Portes y Hao, *op. cit.*, pp. 290 y 291.

⁴⁴ William A.V. Clark, *The California Cauldron: Immigration and the Fortunes of Local Communities*, *op. cit.*, pp. 176 y 177.

⁴⁵ MacDonald y Cain, *op. cit.*, p. 301.

⁴⁶ Bruce E. Cain y Michael Alvarez, “California Voting on Immigration-Related Issues in the 1990s: A Comparative Analysis of Propositions 187, 209, and 227”, en Wayne A. Cornelius y Francisco J. Martínez (comps.), *The Politics of Educating Immigrant Children: Origins and Implementation of California's Proposition 227*, La Jolla, Calif., Center for U.S.-Mexican Studies, University of California-San Diego (en prensa).

ticas la apoyaron con energía. De igual forma, los datos de encuestas realizadas en California revelan enormes diferencias entre los latinoamericanos y las personas de otras etnias en su percepción sobre los beneficios derivados de la inmigración (véase cuadro 7).

CUADRO 7
Voto en favor de las propuestas 187 y 227 de California, por grupo racial y étnico (porcentajes)

	<i>Sí a la "187"</i>	<i>Sí a la "227"</i>
Blancos no hispanos	63	67
Asiático-estadounidenses	47	57
Negros	47	48
Latinos	23	37

Fuente: Datos tomados de las encuestas de salida de *Los Angeles Times*.

Estos datos coinciden, en general, con la hipótesis expuesta al inicio de este trabajo, a saber, que, a finales del siglo XX, ciertos factores no económicos (en particular, la raza, la etnia, el idioma y la cultura) han ido cobrando cada día mayor importancia en la actitud de los estadounidenses hacia la inmigración. En fecha reciente, un análisis a nivel nacional de las políticas en materia de inmigración concluyó lo siguiente:

Hoy en día, el rechazo a la inmigración [en los Estados Unidos, Francia y Alemania] está relacionado tanto con la deslegitimización simbólica de los valores y culturas de las minorías inmigrantes, como con el querer impedir que los extranjeros "ocupen los trabajos de los nativos" o incluso "lleven al país a la bancarrota". Al sentir, tal vez, que los "nuevos inmigrantes" amenazan su hegemonía, los "locales" que tienen el predominio cultural (e.g., los católicos franceses, los protestantes sajones estadounidenses) parecen estar arremetiendo contra los "intrusos" culturales (e.g., los musulmanes norafricanos o turcos, los católicos latinoamericanos) que encuentran en sus alrededores.⁴⁷

Los historiadores revisionistas del nativismo estadounidense sostienen que las conceptualizaciones anteriores de los sentimientos antiinmigrantes, como un tipo especial de fervor nacionalista,⁴⁸ nos han llevado a subestimar los vínculos entre el racismo contra los negros, asiáticos y mexicanos, y el resurgimiento del nativismo en varios momentos de la historia de los Estados Unidos. El movimiento de los años ochenta para restringir la in-

⁴⁷ Fetzer, "Economic Self-interest or Cultural Marginality", *op. cit.*

⁴⁸ Por ejemplo, Higham, *op. cit.*

migración china “fue dirigido por trabajadores muy capacitados, que tenían relativamente poco que temer de la competencia de la mano de obra culi; pero, en términos más generales, [estos] trabajadores sajones consideraban la inmigración china como un peligro para sus familias. La amenaza de los trabajadores chinos era vista tanto en términos sexuales como en términos económicos”.⁴⁹ Pero también entre los inmigrantes de origen europeo existían ese tipo de estereotipos etnoculturales negativos. A principios del siglo XX, por ejemplo, los estibadores estadounidense-alemanes y estadounidense-irlandeses se rehusaban a aceptar que sus colegas italianos, también inmigrantes, eran “hombres blancos”. Los inmigrantes europeos más recientes eran “gente a medias”, cuya aceptabilidad racial para los sajones de origen estadounidense era, en el mejor de los casos, cuestionable”.⁵⁰ En el sur, los judíos padecían un grado considerablemente menor de violencia y hostilidad abierta que los inmigrantes italianos; de nuevo, “el factor racial era crucial”.⁵¹

Repetimos, el hecho de que, actualmente, la opinión pública de los Estados Unidos esté en favor de que se restrinja la inmigración parece ser algo mucho más complejo que el nativismo estrictamente racial o cultural de épocas anteriores; es claro que las motivaciones son múltiples. Sin embargo, sería ingenuo ignorar la fuerza y persistencia del rechazo etnocultural a la inmigración. En efecto, es posible que la inmigración continua y a gran escala proveniente de los países del Tercer Mundo esté haciendo surgir en los Estados Unidos lo que algunos analistas de la opinión pública han llamado una versión más restrictiva o etnocultural del nacionalismo estadounidense.⁵²

Esta evolución podría ser acelerada si continúa esa diferencia entre la incorporación plena económica de los inmigrantes recientes y la idea generalizada entre los estadounidenses sobre la escasa “capacidad de asimilación” sociocultural de aquéllos. Los empleadores y las comunidades locales de los Estados Unidos que dependen particularmente de la mano de obra inmigrante tienen pocas opciones atractivas y realistas en cuanto a seguir haciendo uso de ella. Las ciudades pequeñas, como Georgetown o Delawa-

⁴⁹ Kenneth L. Kusmer, “Strangers in the Land and American Nativism: A Reconsideration”, ponencia presentada en el Balch Faculty Forum, Balch Institute for Ethnic Studies, Filadelfia, Penn., 19 de febrero de 1999, p. 7. Este movimiento culminó con la aprobación por el Congreso de los Estados Unidos de la Ley para la Exclusión de los Chinos, de 1882, con la cual se impidió la entrada a nuevos inmigrantes provenientes de China y se prohibió que aquellos ya radicados en el país adquirieran la nacionalidad estadounidense.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 6.

⁵¹ *Ibid.*, p. 9.

⁵² Jack Citrin, Beth Reingold Reingold y Donald P. Green, “American Identity and the Politics of Ethnic Change”, *Journal of Politics*, vol. 52, núm. 4, 1990, pp. 1124-1154.

re, enfrentan un dilema: ya sea aceptar y ajustarse al número creciente de trabajadores inmigrantes, culturalmente diferentes, o bien renunciar a los beneficios económicos de una nueva e importante industria. Si el mercado laboral local se hiciera más rígido, los trabajadores nativos no capacitados podrían encontrar empleos mejor pagados y más “limpios” en otras partes.⁵³ En las grandes ciudades, como Los Ángeles:

no fue tan sólo que la economía de la región hubiera aprendido [durante el auge económico de los ochenta] a ajustarse a la presencia de los inmigrantes; más importante aún, su adaptación a la inmigración fue tan profunda y generalizada que cualquier cambio en el abundante flujo de recién llegados hubiera tenido un costo muy elevado. Podría haberse reducido la oferta de cocineros y sirvientas inmigrantes, pero los precios en los hoteles y restaurantes se hubieran elevado con ello, lo que habría tenido efectos terribles sobre los intercambios turísticos más importantes para la región. Podría haberse disminuido la entrada de trabajadores extranjeros en la industria del vestido, pero eso no habría hecho sino convertir lo que había sido una industria floreciente en uno más de los sectores en decadencia de la región. También podría haberse alentado a las legiones de agricultores y albañiles extranjeros a que regresaran a su lugar de origen, pero su partida no habría ayudado a los constructores de la región, muy presionados, ni tampoco habría contribuido a contener los precios nacionales, que ya eran sumamente elevados.⁵⁴

En suma, el residuo etnocultural de la inmigración contemporánea a los Estados Unidos es el precio que debe pagarse por la demanda aparentemente insaciable que tiene el país de gente dispuesta a hacer los trabajos sucios, a cambio de salarios irrisorios. Sin embargo, la mayoría de los nativos estadounidenses pagará ese precio con disgusto y no sin las controversias recurrentes en torno a los derechos legales, sociales y políticos de los inmigrantes. La actitud que actualmente prevalece parece ser la aceptación renuente de que “necesitamos su mano de obra”, pero sin que, de preferencia, ello tenga una repercusión sociocultural considerable. Sin embargo, esto no es simplemente una alternativa realista para los Estados Unidos; no es posible ganar siempre en todo.

Traducción de LORENA MURILLO S.

⁵³ Horowitz y Miller, *op. cit.*, p. 13.

⁵⁴ Waldinger, “Ethnicity and Opportunity in the Plural City”, *op. cit.*, p. 469.